

fué en un instante mas que un monton de ruinas. Todos los talleres de la casa fueron destruidos, y las personas que al dia siguiente pasaron á verlos, no hallaron mas que paredes y escombros.

La pérdida causada en la *procura general* fué inmensa, porque llevó tras de sí los fondos y títulos de diversas casas de la congregacion, establecidas no solamente en casi todos los Estados católicos de Europa, sino fundadas y mantenidas á espensas del gobierno en Argel, en Constantinopla, en Siria, en las islas del Archipiélago, en las de Francia y de Borbon, en Pekin, etc.

El saqueo de la *procura doméstica*, siempre pobre en cuanto á fondos pecuniarios, no consistió mas que en cinco ó seis mil libras, que era toda la cantidad que contenian las arcas de una comunidad compuesta de cuatrocientas personas. Pero los que saben cuán austero y económico era el régimen de gastos de esta comunidad comprenderán cómo se sostenia con tan pocos recursos pecuniarios.

Todos los depósitos de confianza ó de limosnas, de que el superior general y muchos de sus asistentes, eran depositarios ó dispensadores, fueron arrebatados, lo mismo que el modesto peculio de los sacerdotes y jóvenes alumnos de la casa. Mas no fueron estas pérdidas las que afligieron á unos hombres tan ejercitados en las privaciones y tan desprendidos de todo interés mundano; lo que les arrancó sentimientos de dolor y hasta lágrimas, fué el verse privados de sus diversos papeles, de aquellos testimonios sagrados de su aplicacion y largos trabajos, de aquellos tesoros apostólicos, fruto de sus desvelos, y preciosos instrumentos de la salvacion de los pobres.

Otro sacrificio debió tambien llenar de amargura á su alma, y fué la desolacion sacrilega consumada en la cámara ó aposento de San Vicente de Paul, en aquel tabernáculo depositario de todos los monumentos sagrados y queridos de un pobre y austeridad. Un jergon de cáñamo

sobre el que murió, un miserable candelero roído por el olin, que aun conservaba el cabo de vela de sebo que alumbró sus últimos momentos, una silla de paja, un sombrero ordinario, unos vestidos de la tela con que se viste la última clase de los pobres, un baston rústico que servia de apoyo á su cuerpo debilitado por el peso de ochenta y cinco años, por las vigiliias y continuos trabajos; unas medias de lana burda, únicas de que hizo uso; lienzo empapado aun con manchas de las llagas de sus piernas ulceradas por el continuo ejercicio que le imponia su celo por los desgraciados; un rosario, un breviario... tales eran los restos augustos del equipaje de un Santo, de un Santo que debia ser amado de todo el que tenga un corazon humano, restos preciosos que unas manos indignas y bárbaras se atrevieron á profanar con su corrupcion, á despedazar sin pudor y á arrojar con delirio, y acaso sin comprender su valor, en medio de un monton de escombros y ruinas.

Mas aun no hemos concluido de trazar el cuadro de este postrer atentado. El delirio arrastró aquellos hombres desenfrenados hácia un vestibulo en que se acababa de colocar la estatua de San Vicente de Paul, modelo de la que actualmente se ve en el establecimiento de los niños espósitos. Rompieron las manos de la imagen sagrada, mutilaron el cuerpo, le destroncaron la cabeza, la colocaron en un chuzo, y despues de haberla paseado por las calles y plazas de la capital, como si fuera la de un hombre que hubiese sido funesto á su siglo y opresor de la humanidad, la arrojaron al estanque del Palais-Royal.

Cuando aquellos desalmados no hallaron ya dentro de la casa nada que destruir, se diseminaron por los jardines y parterres, y arrancaron las plantas y destruyeron los árboles. Desde allí pasaron á los corrales y degollaron á cuantos animales encontraron en ellos, destruyendo cuanto se presentó á su vista; finalmente, para poner el colmo á su depravacion,

pegaron fuego á los pajares. Parte del recinto fué devorado por las llamas, y todo el cuerpo del edificio hubiera quedado convertido en ceniza, si el incendio no hubiese sido atajado por la prontitud del socorro, por la actividad é inteligencia de los bomberos, y por el celo de la Milicia ciudadana, que se creó y organizó aquel mismo dia. Sin embargo, no se apagó totalmente el incendio hasta el dia 14.

En medio de aquella turba de mas de cuatro mil miserables, ébrios de saqueo, destruccion y atrocidades, todo era de temer para los eclesiásticos de la casa; por consiguiente todos tuvieron que huir, dispersarse y andar errantes por los campos. El superior general y dos de sus asistentes se escaparon salvando las tapias del covral; otro religioso que se atrevió á pasar por entre la multitud para pedir socorro, fué violentamente golpeado y malherido. Los dos procuradores no pudieron salvarse sino desliziándose peligrosamente por el tejado de la iglesia para pasar á las casas contiguas. Afortunadamente la Providencia hizo se hallase medio de trasladar al hospital á un anciano octogenario que pocos dias antes se habia roto una pierna. Luego diremos cómo un sacerdote paralítico fué llevado á la casa de las Hermanas de la Caridad por los mismos bandidos, pagados para que lo hicieran por el enfermero de la casa. Otros dos enfermos fueron llevados al convento de los religiosos recoletos, quienes los recibieron con toda la solicitud de la mas tierna caridad.

Todos los demas sacerdotes, clérigos y hermanos se dispersaron por todas partes medio desnudos, reducidos á carecer de todo, y teniendo que disfrazarse para librarse de nuevos ultrajes, y pidiendo el socorro de la hospitalidad á los párrocos y vicarios de las aldeas, quienes en tan azarosas circunstancias dieron unánimemente las mas claras pruebas de humanidad, acudiendo á todas las necesidades con una liberalidad verdaderamente fraternal.

Los bandidos no se habian familiarizado aun con los actos sacrilegos, á que luego se acostumbraron (1). Muchas veces se presentaron á las puertas de la iglesia, y las abrieron efectivamente; pero no se atrevieron á cometer la menor indecencia, de modo que la iglesia fué el único sitio respetado por su furor. Sin embargo, la prudencia aconsejó que se llevaran á la iglesia de San Lorenzo los vasos sagrados y las hostias consagradas. El sacerdote encargado de esta comision atravesó por medio de la muchedumbre sin sufrir el menor insulto. Finalmente, tambien es digno de notarse, que en los seiscientos cuartos ó aposentos que fueron saqueados y desolados, solo la divina imagen de Jesucristo fué respetada en medio de las profanaciones de toda especie, que consumaron con todos los demas cuadros y sagradas imágenes.

Despues de haber estado el edificio ocupado catorce horas por los devastadores, fué en fin despejado de aquella turba frenética por la milicia ciudadana á las cinco y media de la tarde de aquel mismo dia.

Pero ¡qué pavoroso no debió ser aquel dia para las Hijas de la Caridad, cuya casa estaba situada en la misma calle frente á la de San Lázaro! La devastacion que estaban presenciando no debia al parecer perdonar su recinto. Gritos horribles resonaban fuera contra ellas. Acusábanlas de connivencia con la casa de San Lázaro, y amenazaban con una próxima invasion á su asilo.

Su casa, única casa matriz de las Hijas de la Caridad, se componia de ciento cincuenta hermanas, entre las cuales se contaban cincuenta inválidas: estas eran las que despues de haber consagrado su vida entera al servicio de los pobres, habian caído en la enfermedad de la vejez. Su instituto les mandaba retirarse entonces á esta casa, donde

(1) Jauffret, *Mem. para la Hist. Eccl. del siglo XVIII*, t. 1, pág. 293-305.

sus hermanas les dispensaban á la vez los servicios que ellas no estaban en el caso de prestar á los pobres. El número de postulantas era noventa y ocho, de quince á veinte y dos años de edad. Fácil es concebir todo lo que por estas jóvenes vírgenes podía temerse de la irrupción de aquella turba furiosa, que no esperaba mas que una señal para derribar todas las puertas. Las hermanas no podían hacerse ilusiones acerca de la estension del peligro, é invocaban fervorosamente al cielo como único punto de donde podía venirles socorro.

A las cinco y media de la mañana uno de sus directores habia salido de la casa de San Lázaro, y pudo penetrar en la iglesia de las hermanas para celebrar los santos misterios, y no salió de allí.

A las siete, tres ó cuatro bandidos se presentaron á la puerta de la comunidad anunciando al venerable Bourgeat, que hacia ya muchos años era el director general de las Hijas de la Caridad, y en aquella época tenia unos 80 años y además estaba paráltico. Los salteadores al entrar en su cuarto se habian quedado poseidos de respeto y admiración. Su enfermero les propuso que se encargaran de trasladarlo ellos mismos á la casa de las hermanas, y así lo hicieron, llevándole sentado en su misma poltrona. «Hé aqui, decian á sus compañeros de saqueo, al padre de las Hijas de la Caridad: dejadle en paz.» Bourgeat habia perdido el conocimiento. Los tres salteadores al dejarlo en manos de las maestras de novicias les digeron: «Ahi teneis á vuestro padre; suponemos que lo cuidareis bien. Al mismo tiempo os traemos todo su equipage, su sombrero y su bolsa.» Y dicho esto se marcharon asegurando que las hermanas nada tenían que temer, añadiendo: «Ya estamos pagados, no por vosotras, sino por San Lázaro.»

Al entrar estos tres hombres, las hermanas creyeron que les venian á arrebatár á su segundo director, el abate Sicard, que se refugió en el oratorio de la casa, y en este ora-

torio, en su propio confesonario. Pero ellos despues de haber cumplido su mision, regresaron á la casa de San Lázaro á proseguir el saqueo, sin cuidarse de lo que pasaba en el de las Hermanas de la Caridad.

Otros quince salteadores se presentaron á eso de las once de la mañana, y fué preciso dejarles entrar en la comunidad y autorizarlos forzosamente á visitar el establecimiento, donde segun decian pensaban encontrar el tesoro de San Lázaro, trigo y harina. La superiora general (1) y la maestra de novicias les acompañaron en el registro. Las noventa y ocho novicias se hallaban en aquel momento reunidas en la sala del noviciado; pero á los invasores no les ocurrió siquiera el pensamiento de entrar en ella. Pasaron por delante de la puerta de los archivos sin advertirlo, y hasta se hubiera dicho que trataban tambien de evitar la del depósito de las postulantas donde hacia diez años estaba el almacen de sus vestidos y ropa blanca, y por el cual las hermanas tenían muy fundados temores. Esta visita duró cerca de hora y media. Es de advertir, que al mismo tiempo se estaban oyendo en la parte exterior gritos de furor contra las hermanas, y cada vez parecia que iban tomando un carácter mas alarmante.

Al marcharse estos quince desalmados, la comunidad pasó al refectorio y se rezaron las oraciones acostumbradas para antes y despues de comer, aunque ninguna de las hermanas tuvo valor para tomar alimento alguno.

La comunidad siguió así en continua alarma hasta las cinco de la tarde, en que volvió á presentarse un grupo como de doscientos salteadores, hombres y mujeres; pero estas últimas fueron despedidas por los que mandaban aquella turba. Los mas de estos se presentaron armados de chuzos, mazas, barras de hierro, pistolas, sables, espadas y armas

(1) Llamábase esta señora Sor Renata Dubois, que luego falleció en Sablé á la edad de setenta años.

antiguas, y marchaban á su frente algunos gefes.

La superiora general y las maestras de novicias creyeron que en el terrible trance en que se veian, no habia un sitio mas seguro para las noventa y ocho novicias ó postulantas que la capilla de la casa: por lo cual encerraron en ella á todas aquellas jóvenes vírgenes de Jesucristo.

Veinte de los bandidos, haciendo retroceder á todos los demas, se dirigieron en derecha á la capilla, y amenazaron derribar las puertas si no se las franqueaban. Abriéronlas y aparecieron todas las novicias postradas de rodillas al pié de los altares, suplicando al Señor del cielo las tomase bajo su proteccion, poniendo por intercesor á su bienaventurado padre San Vicente. Al abrirse las puertas, al estrépito de las armas y blasfemias de aquellos desalmados, pálidas, temblorosas y desaladas corrieron á agruparse en torno de sus maestras dando gritos lamentables. Al presenciarse aquella escena, los mismos salteadores se sienten poseidos de un involuntario sobrecogimiento: vacilan, uno de sus caudillos se descubre la cabeza, y todos los demas imitan su ejemplo. La santidad del lugar, la imágen de Jesucristo y las de los Santos fijaron sus miradas y les infundieron una especie de respeto y recogimiento. Abanzaron hácia el santuario con paso tímido, como si no fueran ya aquellos hombres ébrios de vino y de furor, sino otros que hubiesen venido á aquel recinto con sola la intencion de adorar á Jesucristo y de honrarlo en sus vírgenes. «Señoritas, gritó uno de ellos, no temais nada; no venimos á haceros ningun insulto. ¡Ay del miserable que se atreviera á cometerle!» Sin embargo, algunas novicias cayeron desmayadas. Al repararlo el hombre que hacia de gefe de aquella turba, cuyas facciones fuertemente pronunciadas indicaban un carácter decidido, sea para el bien, sea para el mal, abanzó hácia el altar, seguido de todos sus satélites, se puso de rodillas ante el Santísimo Sacra-

mento, y muchos de los suyos le imitaron; mas viendo que ni aun con esta accion se tranquilizaban las jóvenes, volviéndose hácia la turba, «vámonos, dijo, salgamos de aqui: no amedrentemos mas con nuestra presencia á estas señoritas.» Marchóse, en efecto, acompañado de todos aquellos hombres, sin duda no menos admirados que él de sentirse conmovidos, al salir de aquel templo, con sentimientos tan contrarios á los que llevaban cuando en él entraron.

Pasaron luego á las habitaciones de la casa, y quisieron ver la sala que servia de enfermeria á las ancianas: allí era, como ya lo hemos dicho, donde todas las Hermanas de la Caridad, baldadas ó impedidas por las enfermedades ó su avanzada edad, encontraban los mismos socorros de la caridad que ellas habian ejercido para con el prójimo. Segun el espíritu de su comunidad, las servidoras de los pobres tienen que morir pobres; por consiguiente nada mas pobre ni mas sencillo que está enfermeria, aunque tambien puede decirse que nada hay mas decente en medio de la pobreza. Aquellos bandidos, aunque muy ansiosos de hallar alguna falta en la casa, no pudieron menos de admirar aquel estado de desnudez evangélica. La visita que hicieron á la enfermeria de las ancianas, no era mas que un pretexto para ver si en ella habia hombres escondidos. Los dos directores no habian salido de sus confesionarios, y tuvieron la dicha de no ser descubiertos. Los profanadores desearon probar el caldo que se daba á las enfermas, y dijeron que estaba insípido, y lo mismo opinaron de todos los demas alimentos, y no comprendian cómo las Hijas de la Caridad no ponian algo mas de cuidado en confeccionar bien lo que debia servir para sus propias hermanas, siendo así que tanto se esmeraban en lo que daban á los pobres con quienes por lo general no tenían lazo ninguno de conocimiento ni amistad. Al discurrir así, ignoraban aquellos alborotadores, que la Reli-

gion de Jesucristo une á todos los hombres en un solo espíritu y en un solo corazón, y que para una Hermana de la Caridad el pobre mas desconocido tiene los mismos derechos que un hijo si lo tuviera, los mismos derechos que si fuera otra ella.

Esta última invasión duró cerca de tres cuartos de hora. Los invasores, despues de haber registrado el establecimiento, se retiraron por la puerta principal, deteniéndose en ella algunos instantes. Uno de ellos habia pedido dinero á la maestra de novicias, y habiéndolo oido el que hacia de jefe del grupo, le amenazó con la muerte si volvía á pedirlo otra vez. Dos hermanas se vieron obligadas á acompañar á algunos de aquellos hombres armados que se empeñaron en llevarlas á una taberna. Siguiéronlos hasta la mitad de la calle de San Lázaro, y allí mediante algunas monedas pudieron librarse de ellos. Al regresar á la casa hallaron protección en los salteadores que se habian quedado como de guardia en la puerta de la casa, y que al verlas se separaron respetuosamente para franquearles paso, y entraron sin recibir de ellos insulto alguno.

En ninguna de las visitas ocurrió nada indecente; y la lengua de los bandidos parecia que estaba encadenada.

Cuando los veinte bandidos de que acabamos de hablar salieron de la casa, quiso entrar el populacho; pero aquellos se lo impidieron eficazmente, é hicieron cerrar las puertas detras de ellos. El que hacia de jefe se plantó en el dintel diciendo: «Muchachos, ya os avisaré cuando sea tiempo.» Al mismo tiempo defendió la entrada y amenazó con quitar la vida con su propia mano al primero que violase la consigna.

Por un favor especial del cielo, la comunidad de las Hijas de la Caridad permaneció libre durante dos días y dos noches no solamente del pillage, pero hasta de todo insulto; mas como es natural, todo este tiempo lo pa-

saron las Hermanas atormentadas por el temor y la mas viva inquietud, y este temor continuó mas ó menos durante los dos días de insurrección y de desorden.

Habiéndose organizado durante la noche del día 13 la guardia nacional, las Hijas de la Caridad pidieron una guardia para su custodia. El distrito les envió cuarenta hombres de esta milicia apenas organizada, y que se distinguía por la escarapela verde. Estos hombres causaron con sus palabras mas espanto á las Hermanas que los mismos salteadores.

Uno de estos confesó de allí á poco tiempo delante de muchas hermanas de la casa, que tanto él como sus camaradas habian entrado allí con los mas horribles designios; pero que al hallarse dentro de la casa se sintieron poseidos de una especie de sobrecogimiento de que ellos mismos estaban admirados; que no sabian qué era lo que les habia impedido obrar segun sus primeras intenciones, y que él por su parte se habia sentido penetrado de un indefinible respeto. Este testimonio de un hombre que se acusaba á sí mismo delante de las Hermanas, que le empleaban como obrero, merece algun crédito, sobre todo cuando no hace mas que confirmar un hecho demostrado por las circunstancias que lo acompañaron.

El 14 de julio, á las cuatro de la mañana, volvieron á entrar en la casa de San Lázaro unos treinta jóvenes de la comunidad, conducidos por algunos sacerdotes y auxiliados por los hermanos, y se ocuparon en recoger algunos restos de muebles que se habian salvado de la destrucción, en medio de las ruinas hacinadas en la calle y en los patios. Tuvieron la buena fortuna de volver á encontrar los muebles del aposento de San Vicente de Paul que, como ya se ha dicho, fueron arrojados por la ventana, y cuyo mérito ignoraban los bandidos. Pudieron, pues, ser recogidos (segun testimonio del abate Dubois, clérigo lazarista de distinguido mérito, cono-

cido despues en toda la capital por sus intrusiones improvisadas en la iglesia de los Mínimos) sus muebles siguientes: un jergon, una camilla, dos sillas de paja, la sotana, un manto de invierno, un sombrero, el bonete, parte de su ropa interior, el breviario, etc.

Muy luego fueron ofrecidas al superior general de San Lázaro las mas considerables limosnas para recomponer el establecimiento (1). El rey, el arzobispo y el cabildo de Paris, muchas comunidades y gran número de particulares se apresuraron á contribuir en beneficio de la casa y de la comunidad. Estas limosnas ascendieron en menos de ocho días á mas de cien mil libras tornesas.

Mas como la revolución siguió precipitando su curso, los sacerdotes de San Lázaro tuvieron que sufrir la suerte de las demas congregaciones seculares, y despues del 40 de agosto de 1792 se vieron obligados á abandonar su casa. En medio de esta nueva calamidad tuvieron la buena suerte de salvar su mas precioso tesoro, el cuerpo de San Vicente de Paul, y algunos de los muebles y vestidos de su uso particular, que habian podido salvarse de entre los escombros cuando el desastre de la casa. Aun existen muchas cartas originales de este gran Santo en manos de varias personas, y que nada tienen de notable mas que su laconismo y estremada sencillez; pero fué la pluma de San Vicente de Paul la que las escribió. Todas estas santas reliquias existen en Paris.

Las Hijas de la Caridad tuvieron tambien que abandonar su casa en la misma época, y despedir sus novicias. Despues de diez años de dispersion, el gobierno las reunió para devolverlas al ejercicio de las mismas obras de caridad. Semejantes á la paloma del arca, con su regreso al mundo anunciaron que las tem-

pestades políticas habian cesado, volviendo á brillar la paz sobre la tierra.

En los últimos tiempos de la monarquía francesa no se atentaba contra las prerogativas de la Iglesia sino lentamente y con mano tímida; mas desde el momento en que la asamblea nacional se propuso la regeneración de la Francia, se fueron multiplicando con increíble rapidez las reformas, y el entusiasmo del momento llevó á cabo operaciones que hubieran debido ser el resultado de largas discusiones.

Desde el 20 de agosto de 1789 la asamblea habia formado en su seno un comité llamado *eclesiástico*, encargado de presentar proyectos de ley sobre las materias relativas á la Religión y al clero. Este comité, en el que los eclesiásticos componian la minoría, contaba entre otros con cuatro abogados de opinion bastante pronunciada, á saber: Lanjuinais, Martineau, Treilhard y Durand de Maillane. En 7 de febrero de 1790 hallándose dividido este comité, se le añadió un refuerzo de quince nuevos individuos, elegidos entre los diputados mas afectos al nuevo orden de cosas: en este número figuraban algunos párrocos, Massieu, Expilli, Thibault, el cartujo Don Gerle, Dupont de Nemours, el abogado Chasset, etc. Desde aquel momento el comité marchó decididamente por la via de las innovaciones; los obispos de Clermont y de Luzon presentaron su dimisión, y lo mismo hicieron el abate Montesquieu, los párrocos Vaneau, Grandiu, La Lande y hasta algunas personas legas como el príncipe de Robecq y el marqués de Bouthilier.

Antes de despojar de sus bienes á los eclesiásticos de Francia, era natural que por de pronto se suprimiera el tributo que la Francia pagaba á la Santa Sede: aboliéronse efectivamente las anatas, y de allí á poco el diezmo, parte la mas considerable de las rentas eclesiásticas, de que la asamblea privó al clero sin ningun provecho para el tesoro público, y que solo prodejo beneficios para algunos

(1) Jaufré. *Mem. para la Hist. de la Religión á fines del siglo XVIII*, p. 306-308.